

El bar “LA TRANQUILIDAD”



y el 19 de Julio de 1936 en el Paralelo.
(Agustín Guillamón, 2007)

En enero de 1901 se acabó de construir un cobertizo en el que se abrió una taberna llamada La Tranquilidad, situada en la esquina de la avenida del Paralelo con la calle Conde del Asalto (ahora Nou de la Rambla), que hacia 1910 se trasladó al número 69 de la Avenida del Paralelo, al lado del actual teatro Victoria.

Desde principios de siglo varios cafés del Paralelo, especialmente el café Español y La Tranquilidad, se habían convertido en punto de encuentro habitual de anarquistas y sindicalistas, en cuyas mesas circulaban noticias y rumores, se discutían las respuestas armadas a los últimos ataques del Libre, Capitanía y la patronal, o se conspiraba clandestinamente. En las terrazas contiguas de los cafés Español, Concert Sevilla, Paralelo y Rosales, en la gran acera de la avenida Paralelo desde el número 64 al 80, entre las calles Ronda Sant Pau y Abad Safont, se debatía todo lo humano y divino, a menudo sin más trascendencia que el acaloramiento de la discusión entre hombres encendidos por sus ideales. Justo en la acera de enfrente, en el café La Tranquilidad, hallaban cobijo las ideologías más extremistas y se planificaba desde las respuestas más adecuadas a los ataques patronales hasta una insurrección armada o una huelga general. La paradoja del nombre del café-taberna con la realidad del ambiente que respiraban sus parroquianos no podía ser más radical, pues las continuas peleas, trifulcas, discusiones políticas, registros de la policía a la busca de elementos peligrosos o infractores del orden público, que a menudo acaban en tiroteo, no podían dar un mentís más sonoro al tan beatífico como inapropiado nombre del bar La Tranquilidad.

De 1918 a 1923, durante los años más duros del pistoleroismo, entre la patronal y los sindicalistas del Único, eran frecuentes las rifas de “pipas” entre la clientela. La “pipa” no era un útil de madera para fumar, sino una Star para defenderse de los asesinos del Libre y de la policía de Martínez Anido. También era posible comprar una pistola por cuarenta y cinco pesetas que, en casos de confianza y necesidad inmediata, podía adquirirse a plazos de una peseta a la semana. Existía una provisión casi inagotable de Stars, fabricadas durante los años de la Gran Guerra para proveer al ejército francés, que a causa del descontrol del gobierno habían surtido abundantemente un próspero mercado negro. La pistola semiautomática Star, conocida como “la sindicalista” era la utilizada por los obreros del Sindicato Único (CNT), mientras la Browning era la predominante entre los asesinos del Sindicato Libre, el Somatén, las bandas parapoliciales y la policía, sin que estuviera demasiado claro los límites entre unos y otros, coordinados todos ellos por Capitanía y el jefe de policía, y generosamente

financiados por la patronal, en un clarísimo y descarado ejercicio de terrorismo de Estado, que alcanzó su máxima expresión en la práctica habitual de la “ley de fugas”.

La denominada ley de fugas consistía en acribillar a balazos a los prisioneros que se trasladaba o liberaba de la cárcel, excusándose en la fuga o provocación de los detenidos, e incluso en una sarcástica “ignorancia” de lo acaecido a las puertas de la prisión a los obreros que acababan de salir “libres” a la calle.

La Federación Patronal y el Fomento del Trabajo financiaron el terrorismo antiobrero que organizó el general Milans desde Capitanía, movilizand o una legión de confidentes que elaboraron el fichero Lasarte, donde se recogía toda la información posible sobre los obreros que habían de ser controlados o eliminados.

La extrema violencia social, el terrorismo de Estado y las grandes bandas del crimen organizado de Bravo Portillo o Koenig borrar on los débiles límites que separaban la delincuencia común de la represión policial al servicio de la patronal. No se sabía bien donde empezaba la corrupción y la acción militar o policial, o donde acababan las competencias parapoliciales de las bandas criminales; cuando se estaba ante una organización patronal o la organización para la financiación de unos pistoleros; donde acababa el sindicalista, o el policía, y empezaba el delincuente; quien ejercía funciones represivas gubernamentales o simplemente la organización sistemática y brutal del asesinato de los obreros.

El 23 de febrero de 1923 Juan García Oliver, en una reunión realizada en el bar La Tranquilidad, con los delegados de varios grupos de afinidad anarquistas, expuso su táctica de la “gimnasia revolucionaria”, que fue aprobada con el nombramiento de un comité de coordinación, constituido por Aurelio Fernández y Ricardo Sanz. El 10 de marzo fue asesinado el dirigente cenetista Salvador Seguí, en la calle Cadena, a la salida del bar La Trona. En septiembre de 1923 el golpe de Estado de Primo de Rivera instauró una férrea dictadura que dio carta blanca al peor enemigo del movimiento obrero, Martínez Anido, que sumió a la CNT en la clandestinidad y una larga oscuridad.

Ya en los años treinta los activistas anarquistas hicieron de La Tranquilidad un asiduo lugar de encuentro nocturno de anarquistas y cenetistas, tras una jornada de trabajo. Tampoco era difícil encontrar en el mismo bar, a la hora del almuerzo, a los pistoleros hermanos Badía, futuros organizadores de la policía catalanista del Gobierno de la Generalidad y fanáticos anticenetistas, tragándose unas enormes ensaladas de cebolla y bebiendo de grandes porrones, con unas monumentales pistolas depositadas sobre la mesa, a modo de chulería y provocación antisindicalista.

Martí, el dueño del bar, era un antiguo militante cenetista, que permitía se sirvieran vasos de agua del grifo, y la permanencia ilimitada en las mesas, sin gasto alguno. Las redadas eran continuas y frecuentes, porque eran el primer lugar que la policía visitaba en caso de disturbios. En diciembre de 1933 Durruti fue detenido en el bar La Tranquilidad, ya que pocos días después de la insurrección del Alto Llobregat había concertado, muy ingenuamente, una reunión en la conocidísima taberna.

A las cuatro y media de la madrugada del 19 de Julio de 1936 las tropas del cuartel del Bruc, en Pedralbes, habían salido a la calle, dirigiéndose por la Avenida 14 de abril (hoy, Diagonal) hacia el centro de la ciudad. Los obreros, apostados en las inmediaciones de los cuarteles, tenían órdenes de dar el aviso y de no hostigar a los soldados hasta que no estuviesen ya muy alejados de los mismos. La táctica del Comité de Defensa Confederal había acordado que sería más fácil batir a la tropa en la calle que si permanecía atrincherada en los cuarteles.

A las cuatro y media de la madrugada del 19 de julio, el regimiento de caballería de Montesa, sito en la calle Tarragona, tras un tiroteo de unos veinte minutos con los guardias de asalto, ocupó la plaza de España, y se desplazó por la Gran Vía hasta la plaza Universidad, y las Rondas de San Antonio, de San Pablo y el Paralelo, con la misión de enlazar con Atarazanas y la División. El primer escuadrón ocupó la plaza de

España con una sección de ametralladoras, confraternizando con los guardias de asalto del cuartel, situado en esa misma plaza, entre Gran Vía y Paralelo, donde ahora se construye la central de los Mossos d'Esquadra, en el edificio en el que durante muchos años se expedían los pasaportes. Los guardias de Asalto y el escuadrón de caballería acordaron un curioso pacto de no agresión, y en el transcurso de la mañana salieron del cuartel de asalto refuerzos hacia el Cinco de Oros y la Barceloneta, que no fueron molestados, al tiempo que éstos permitían el dominio de la plaza de España por los sublevados, y posteriormente el paso de una compañía de zapadores desde el cuartel de ingenieros del cuartel de Lepanto (que estaba situado a la altura de la actual plaza Cerdá), por la plaza de España y el Paralelo hasta las Dependencias Militares (actual Gobierno Militar), junto al monumento a Colón.

En la calle de Cruz Cubierta, a la altura de la alcaldía de Hostafranchs, el comité de defensa había levantado una barricada que cerraba la calle. Las tropas sublevadas disponían de dos piezas de artillería, emplazadas junto a la fuente, en el centro de la plaza de España, que habían llegado en camionetas desde el cuartel de los Docks. Los militares dispararon sobre esa barricada, errando al alza un disparo que destruyó un pequeño parapeto, levantado en la esquina de la calle de Riego, produciendo diecinueve bajas: ocho muertos y once heridos. En un escenario dantesco, con trozos de carne humana colgando de árboles, farolas y cables del tranvía, y la cabeza de una mujer decapitada, lanzada a setenta metros de distancia, los comités de defensa siguieron defendiendo la barricada.

El segundo escuadrón, con una sección de ametralladoras, al que se sumó un grupo de derechistas, fueron hostilizados en la calle Valencia, pero consiguieron su objetivo, que era el de dominar la plaza de la Universidad y ocupar el edificio universitario, en cuyas torres emplazaron ametralladoras.

El tercer escuadrón tenía por misión dominar el Paralelo, con el objetivo de enlazar el regimiento con Capitanía. Al llegar a la altura de la Brecha de San Pablo no pudieron superar una monumental barricada de adoquines y sacos terreros, que dibujaba un doble rectángulo, desde el quiosco sito frente a El Molino hasta el centro de la avenida del Paralelo, porque un intenso tiroteo les cerraba el paso. La tropa facciosa consiguió ocupar el sindicato de la Madera de la CNT en la calle del Rosal, y las barricadas, abandonadas por los militantes obreros porque los oficiales al mando amenazaron fusilar, allí mismo, a mujeres y niños del barrio. Los sublevados instalaron tres ametralladoras, una frente al bar La Tranquilidad (junto al Teatro Victoria), otra en el terrado del edificio colindante con El Molino, y la tercera en la barricada de la Brecha de San Pablo, que fueron empleadas a fondo contra el pueblo en armas.

Escofet, el comisario de orden público de la Generalidad, había perdido el control del Paralelo, porque la compañía de guardias de asalto, enviada desde la Barceloneta, había sido vencida y acorralada en el muelle de Baleares. Los facciosos habían obtenido una primera victoria, y dominaban todo el paseo de Colón, desde Correos hasta la Aduana, así como todo el Paralelo, lo que les permitía enlazar con plaza de España y el cuartel de la calle Tarragona. Eran las ocho de la mañana.

El tercer escuadrón había necesitado dos horas para tomar la barricada, defendida por el comité de defensa de Pueblo Seco y los militantes del sindicato de la madera. Pero los obreros seguían hostilizando a la tropa desde el otro lado de la Brecha, desde las terrazas de los edificios cercanos y desde todas las bocacalles. A las once de la mañana el tercer escuadrón había conseguido dominar todo el espacio de la Brecha, tras tres horas de combate.

El intento realizado por las tropas situadas en plaza de España de reforzar a sus compañeros de la Brecha había sido detenido a la altura del cine Avenida (Paralelo 122), por el tiroteo y acoso a que fueron sometidos, desde Paralelo/Tamarit. La creciente presión de los comités de defensa de Sants, Hostafrancs, Collblanc y La

Torrassa no sólo consiguió detener este avance, sino que acto seguido rodearon y atemorizaron a las tropas acampadas en la plaza de España.

Los anarquistas decidieron contraatacar en la Brecha indirectamente, desde Conde del Asalto (hoy Nou de la Rambla) y otros puntos, infructuosamente. Se sumaron a los asaltantes una decena de guardias de asalto que, aunque habían sido requeridos en el lugar por el oficial de Asalto que combatía con los militares sublevados, decidieron sumarse a las fuerzas populares. Poco después, los refuerzos procedentes de plaza del Teatro, tras asaltar el Hotel Falcón, desde donde habían sido tiroteados, se desplazaron desde las Ramblas por la calle de San Pablo, y tras pactar la neutralidad del cuartel de carabineros y vaciar la prisión de mujeres de Santa Amalia, llegaron por la calle de las Flores hasta la Ronda de San Pablo, batida desde la barricada del Paralelo por el fuego de la tropa facciosa.

Antonio Ortiz, con un pequeño grupo, que llevaba las cuatro ametralladoras tomadas en Atarazanas, logró cruzar al otro lado de la Ronda de San Pablo, construyendo rápidamente una barricada que les ponía al abrigo de los disparos de las tres ametralladoras instaladas en la Brecha. Tras subir al terrado, los anarquistas emplazaron sus ametralladoras en la azotea del bar Chicago (el mismo edificio es hoy oficina de la Caixa de Catalunya), que protegieron con sus ráfagas el asalto en tromba, y al unísono, directamente sobre la Brecha, desde el café Pay-Pay en la calle San Pablo (frente a la iglesia románica), desde la calle de las Flores, desde la calle de las Tapias y desde ambos extremos de la calle Aldana.

El capitán que mandaba la tropa junto a la ametralladora, situada en mitad de la Brecha, fue abatido por los disparos de Francisco Ascaso, el más adelantado de los atacantes, que avanzaban corriendo temerariamente a la descubierta. Un teniente intentó revelar en el mando al capitán caído, para seguir resistiendo, pero fue abatido por un cabo de la propia tropa. Era el final del combate abierto en la calle. A mediodía la mayoría de soldados habían confraternizado con los cenetistas.

Los pocos combatientes que aún quedaban del tercer escuadrón se habían ido refugiando en el interior de El Molino, donde se rindieron hacia las dos de la tarde. En este punto crucial de la ciudad los anarquistas, entre los que se encontraban Francisco Ascaso, Juan García Oliver, Antonio Ortiz y Ricardo Sanz, habían derrotado al ejército, tras más de cinco horas de lucha. García Oliver no dejaba de gritar “¡sí que se puede con el ejército!”, mientras Ascaso blandía el fusil sobre su cabeza dando saltos de alegría. Entre los anónimos combatientes cenetistas victoriosos en la Brecha estaba el militante del sindicato único de la Madera Quico Sabaté, que años más tarde se convirtió en uno de los maquis más famosos y temidos.

La Brecha de San Pablo era el primer sitio de la ciudad donde la CNT y el pueblo en armas habían derrotado, sin apreciable ayuda ajena al proletariado, la sublevación del ejército; aunque no sería la última gesta revolucionaria de aquel día en Barcelona.

En treinta y dos horas el pueblo de Barcelona había vencido al ejército en toda la ciudad¹. Casi todas las iglesias y conventos, algunas ya desde la noche del 19, volvieron a arder controladamente, o vieron como se encendían fogatas sacrófagas a sus puertas.

¹ Para una descripción de la victoria proletaria del 19 de julio en toda la ciudad de Barcelona puede consultarse:

Guillamón, Agustín: *Barricadas en Barcelona*. Espartaco, Barcelona, 2007. [Relata también los enfrentamientos de las jornadas de mayo de 1937. Próxima edición en francés por Editions Cahiers Spartacus].

Lacruz, Francisco: *El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona*. Arysel, Barcelona, 1943. [Relato y testimonio de un guardia civil franquista].

Paz, Abel: *Paradigma de una revolución (19 de julio de 1936, en Barcelona)*. Edición de la Asociación Internacional de Trabajadores, Choisy-le-roi, 1967. [Reeditado por Flor del Viento en 2005].

La sublevación militar había provocado una insurrección revolucionaria. El proletariado barcelonés estaba armado con los treinta mil fusiles de San Andrés. Escofet dimitió a finales de julio de su cargo de comisario de orden público, porque ya no podía garantizarlo. La sublevación militar y fascista, que contaba con la complicidad de la Iglesia, fracasó en casi toda España, creando como reacción una situación revolucionaria. La derrota del ejército por el proletariado en la “zona roja” había dinamitado el monopolio estatal de la violencia, brotando de la explosión una miríada de poderes locales, directamente asociados al ejercicio local de la violencia..

En realidad los líderes anarquistas no sabían qué hacer con el poder, ni entendían lo que era. Frente a la amenaza fascista, que había triunfado en media España, se impuso la consigna de unidad antifascista, de unión sagrada con la burguesía demócrata y republicana. Más que una dualidad de poderes entre Generalidad y Comité Central, se daba una duplicidad de poderes.

Hacia mediados de agosto los comités superiores de la CNT ya habían decidido, en cuanto las condiciones lo hicieran posible, la disolución del Comité Central, que sería sustituido por unas comisiones de delegados antifascistas, coordinadas con el gobierno de la Generalidad. Pero entre tanto los comités, surgidos espontáneamente por doquier, imponían ya la nueva realidad política, social y económica surgida de la victoria insurreccional obrera sobre el ejército, y en Cataluña esos comités, en la fábrica o localmente, ejercían todo el poder.

Se abría en la ciudad una situación revolucionaria, con esperanzadoras posibilidades, que la guerra antifascista diluyó rápidamente en el seno de una tormenta contrarrevolucionaria. Luego, tras una terrible guerra de exterminio, hambre y bombardeos masivos, Barcelona vivió cuarenta años de “paz”, terror y fascismo, que pusieron en práctica un genocidio político del movimiento obrero, que quedó impune.

Hoy, en el número 69 de la avenida del Paralelo, encontramos un anodino bazar o supermercado en el que nada indica qué hubo allí en los años veinte y treinta: un bar llamado La Tranquilidad, frecuentado por sindicalistas y anarquistas. Nada recuerda que allí mismo los obreros barceloneses, organizados en la CNT, derrotaron al ejército faccioso y al fascismo.

La ausencia de una sencilla y barata placa certifica que Franco lo dejó todo bien atado. La omisión de cualquier homenaje o conmemoración, en la Brecha de San Pablo, a la hermosísima victoria del proletariado barcelonés sobre el ejército sublevado, atestigua la amnesia pactada durante la Transición entre franquistas y antifranquistas, y la interesada manipulación que los garantes del orden capitalista, de izquierda o de derecha, hacen de la historia del movimiento obrero.

Pero cuando pases frente a El Molino, recuérdalo y recuérdaselo a otros: ahí, en ese lugar, el 19 de julio de 1936 el pueblo de Barcelona derrotó al ejército y al fascismo. Ésa es la mejor placa y el mejor homenaje a nuestros abuelos. Y quizás el único que nos van a tolerar. Mejor la memoria de la guerra de clases, que una placa de metal oxidada.